

Weiss, Eduardo (coord.) (2012). *Jóvenes y bachillerato*, colección Biblioteca de la Educación Superior, Ciudad de México: ANUIES.

## **EL MUNDO JUVENIL DE LOS ESTUDIANTES DE BACHILLERATO**

ADRIÁN DE GARAY

**E**l libro que presento contiene diez capítulos escritos por siete distintas y distintos autores, además de la introducción suscrita por el coordinador del mismo, Eduardo Weiss, la cual nos ofrece un balance teórico y analítico interesante que no puede uno ahorrarse su lectura. El libro presenta unas “reflexiones finales” suscritas por el conjunto de las y los autores, que apuntan algunos temas no abordados directamente en los capítulos.

El texto es el resultado de las investigaciones de tesis de estudiantes de posgrado –maestría y doctorado–, del Departamento de Investigación Educativa del Cinvestav, algunos de los cuales ya han sido publicados como libros o artículos, pero que adquieren aquí una dimensión distinta al formar parte de un *corpus* único, lo que permite una lectura que muestra en conjunto visiones teóricas, metodológicas e inquietudes de investigación compartidas, así como los distintos hallazgos encontrados en el trabajo empírico de cada investigación. Ese es un valor académico y editorial que hay que resaltar.

El libro muestra la manera en que un investigador con una larga trayectoria como es Eduardo Weiss, es capaz de formar a generaciones de investigadores en líneas de trabajo comunes. Felicidades por ese esfuerzo

---

Adrián de Garay es profesor-investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Avenida San Pablo 180, colonia Reynosa Tamaulipas, Azcapotzalco, 02200, México, DF. CE: ags@correo.azc.uam.mx

personal e institucional, así como por la entrega de los estudiantes para trabajar y comprometerse en la publicación.

Y aunque la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) tiene como propósito central la publicación de investigaciones sobre este nivel educativo, abrir en su línea editorial la posibilidad de publicar resultados del medio superior me parece relevante, pues no podemos hacer caso omiso dado que es el antecedente inmediato de la educación universitaria en cualquiera de sus modalidades.

Un primer aspecto que quiero destacar, lo que le imprime otro sello propio al libro, es que al abordar el tema de los estudiantes de bachillerato, ponen especial atención a la mirada de dicho sujeto social desde su condición de jóvenes y no sólo desde su condición de estudiantes.

Trazar puentes analíticos y de investigación entre las miradas desde el campo de la educación y la de quienes provienen del campo de los llamados juvenólogos, me parece que abre terrenos de indagación poco trabajados hasta la fecha. Puentes analíticos que varios investigadores tratamos de construir al estudiar a los jóvenes universitarios.

Perspectiva de análisis que, evidentemente, lleva consigo una visión diferente de lo que puede y debe hacer la institución escolar para formar a miles de jóvenes bachilleres, pues se asume, de entrada, que la escuela no es un espacio social donde los sujetos sólo la viven como estudiantes.

La escuela también es un espacio de vida juvenil y tiene su importancia en la experiencia escolar y en la construcción de las varias identidades de los sujetos, tanto dentro como fuera del espacio escolar.

Por lo mismo, comparto lo que señalan las autoras y autores en el sentido, y cito: “[...] estamos convencidos sobre la importancia de que las escuelas ofrezcan espacios para la vida juvenil... ya que la mayoría de los programas de estudio y las prácticas escolares están muy distantes de este ideal” (p. 331).

En segundo lugar, aunque las instituciones seleccionadas por cada uno de las y los investigadores son solamente de carácter público, resultan sumamente ilustrativas al mostrarnos la diversidad de contextos sociales, regionales y de modelo educativo imperante en cada una de ellas, lo que sin duda se manifiesta, al menos parcialmente, en las diferentes y heterogéneas formas en que los sujetos construyen sus identidades juveniles y escolares.

Los capítulos reportan los resultados de estudios realizados desde los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH) de la Universidad Nacional Autónoma de México; un Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios (CBTIS) de la Ciudad de México; un bachillerato de León, Guanajuato; una preparatoria de la Universidad Autónoma de Sinaloa, ubicada en la ciudad de Mazatlán, y otra de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

En esta línea, una aportación importante del libro es que –a diferencia de varias investigaciones que conozco sobre estudiantes universitarios que abordan sus condiciones y formas de vida juveniles, que dejan de lado el conocimiento de las formas en que se desenvuelven en el medio y espacio escolar– plantea con claridad cómo juegan las diferencias entre subsistemas de bachillerato: algunos castran la vida y el mundo juvenil en sus *campus* y otros permiten su desarrollo e incluso lo cultivan.

Es decir, la vida de los jóvenes bachilleres se desarrolla en diferentes condiciones atendiendo a los modelos educativos, la infraestructura escolar y las normas y reglas que cada uno establece, así como los contextos sociales y culturales regionales pues no es lo mismo vivir y estudiar en la ciudad de Mazatlán que en una zona marginal de la ciudad de León.

Si, entre muchas otras cuestiones, algo distingue a los jóvenes que logran acceder a la educación media superior y a los que no lo logran, es que en quienes lo consiguen, buena parte del uso de su tiempo tiene que ver con la inversión que dedican a mantener una relación con un espacio institucional perfectamente normado, establecido, como es la escuela. Es, sin duda, un espacio de socialización relevante en sus vidas.

Por lo mismo, no se puede hacer caso omiso de ello cuando estudiamos a los jóvenes que están en el bachillerato. En ello, el libro es muy importante porque no deja de lado que los sujetos –aunque sean jóvenes y tengan muchos procesos que rebasan el ámbito escolar– viven en y para la escuela.

Porque, como lo muestran varios capítulos, estén donde estén el bachillerato constituye un proyecto de movilidad social, con todo y lo que los y las autoras llaman riesgos que viven en la escuela y en su entorno.

En tercer lugar, y más allá de lo que se pueda debatir con los autores sobre la diferencia conceptual entre hablar de trayectorias, recorridos o itinerarios, lo relevante es que se puede coincidir en apreciar que no existe

una única manera de vivir la preparatoria y caminar por ella. No hay líneas rectas. En este sentido, los capítulos del libro dan muestra clara de que no existe una ruta normal a seguir, y menos la trazada por la institución escolar y el sistema educativo nacional.

A los estudiantes hay que ubicarlos y conocer su mundo de vida juvenil, el cual es distinto y variable dependiendo de su edad, sus experiencias personales, familiares, culturales y educativas por las que transitan en cada ciclo escolar y en cada nivel educativo. Los jóvenes viven procesos de transición múltiples y lo hacen con intensidad en su presente y en la forma en que vislumbran sus escenarios de futuro conforme pasa el tiempo juvenil. Y el tiempo juvenil es distinto en muchos aspectos al de las instituciones, y su búsqueda desmedida por cumplir con indicadores de “calidad” más que formarlos como ciudadanos.

¿Qué significados tiene el bachillerato para los jóvenes estudiantes? Cada uno de los capítulos muestra y entrecruza la gran diversidad de vivencias, formas de simbolizar, apropiarse y distinguirse en sus distintas condiciones como jóvenes y como estudiantes. Temas como vivir la preparatoria como un pase a la universidad o al campo laboral; un medio para superar la condición de desigualdad de género; una manera para conseguir prestigio y reconocimiento social o para la movilidad económica y social; para adquirir autoestima y valoración social; la forma en que se apropian del aula para introducir en sus intereses juveniles, a través de las charlas que sostienen mientras están en clase, temas como las fiestas, el amor y el sexo, la televisión, las problemáticas familiares, entre otros.

También se presta particular atención a la experiencia relatada por cierto tipo de jóvenes que, por diversas razones, decidieron en el trayecto alejarse de la vida académica (no de la escuela) y que más tarde resolvieron reincorporarse, jóvenes que aprenden el ejercicio de la libertad con responsabilidad.

Asimismo, se encuentran interesantes análisis sobre el valor que le otorgan a las relaciones de amistad y de noviazgo, los significados que tiene la sexualidad para los jóvenes, y cómo la participación en la escuela contribuye a la formación de la identidad; igualmente aparece una investigación que abunda sobre las diferentes maneras de conformar tribus al interior de la escuela a partir de su vestimenta, por la música que escuchan, por cómo enfrentan los estudios y sus exigencias.

La institución escolar procura conformar paulatinamente un *habitus* en torno al conocimiento, la ciencia, la racionalidad, la tecnología y la cultura; se encuentra así estructurada en un sistema jerárquico y de prestigios en el que se reconoce como valor dominante el saber.

Por otro lado, existe el entramado mundo de los jóvenes cargado de procesos y prácticas consistentes en romper las reglas, transgredir los límites impuestos por los adultos, ir contra lo convencional, cuestionar el sentido de responsabilidad y disciplina que les inculcan los padres y profesores, donde la socialidad juvenil que permite, al mismo tiempo, adaptarse a las condiciones existentes haciendo un uso estratégico de las reglas escolares para su propio beneficio, así como la construcción de múltiples procesos de distinción cultural que se empeñan en demarcar cotidianamente para erigir una identidad propia.

De todo ello se habla en el libro, donde la estrategia metodológica predominantemente utilizada por las y los autores proviene de la etnografía, o de la sociología cualitativa, porque todas procuran darles voz a los propios jóvenes. En ello, los múltiples relatos y narrativas que contiene son extraordinarios.

En sus tiempos y espacios escolares se propicia una comunicación especial entre los jóvenes, y la escuela aparece como un espacio alternativo al núcleo familiar, donde es posible el desahogo de problemas, la anulación de la soledad, la construcción de un espacio de relación afectiva y donde encuentran, además, apoyo moral con su grupo de pares o de pertenencia. En el bachillerato se hace posible la vivencia y formación de valores como la solidaridad, el compañerismo, la amistad y el respeto a la pluralidad.

Como se afirma en uno de los capítulos, para muchos bachilleres “la escuela funciona como centro de operaciones” (p. 114) donde, como se dice en otro capítulo “enfrentan el reto de tomar decisiones sobre la forma de relacionarse con la escuela: tienen la libertad para realizar sus actividades escolares, para disfrutar de las alternativas que despliega la vida juvenil y la opción de construir formas que permitan aprovechar las posibilidades que se abren en el horizonte de sus vidas” (p. 137), aunque también es interesante encontrar en los estudios reportados que –a diferencia del panorama que se reporta en la mayoría de los estudios sobre juventudes– también hay grupos de jóvenes que se acercan más a las culturas adultas y toman distancia de las culturas juveniles.

Comparto plenamente algunas de las reflexiones finales que nos ofrecen las y los autores al sostener que la escuela, en especial el bachillerato, no se limita a ser una instancia de aprendizaje. Los jóvenes que acuden a ella experimentan una intensa vida de sociabilidad con sus pares más allá de la vida académica. La vida juvenil significa, sobre todo, convivir con compañeros que provienen de diferentes lugares, conocer diversas formas de ser joven, compartir con los amigos y novios, alternar con quienes son diferentes y explorar nuevas maneras de hacer y de ser.

La condición de ser joven y la de ser estudiante no necesariamente se oponen, pero como señalan las y los autores, las escuelas no son, ni pueden ser, el único espacio formativo. Por ello insisten en que habrá que pugnar para que el entorno entero se convierta en una “ciudad educativa”, porque la escuela ha perdido centralidad.

Y los y las autoras proponen nuevos horizontes de futuro y preocupaciones de investigación, y de generación de políticas públicas. En particular, vale la pena reflexionar en una de ellas, relativa al mundo de las tecnologías de la información y la comunicación. Estamos ante una nueva generación de jóvenes estudiantes, muy distinta, radicalmente distinta a las generaciones que apenas hace 25 o 30 años transitaba por la escuela. La diferencia entre las generaciones de jóvenes de hoy y los docentes actuales es la presencia de una profunda brecha, la digital, unos son nativos digitales: los estudiantes; los otros, los docentes, somos analfabetas digitales.

La mayoría de los jóvenes de hoy están creciendo en la cultura digital, una cultura caracterizada por la fragmentación; la experiencia de la gratificación sensorial, no exige mucha concentración, se vive el momento de manera múltiple, dinámica, porque pueden estar y desenvolverse en varios planos al mismo tiempo: la televisión encendida viendo o escuchando MTV, *mensajea*n o *tuitea*n por su celular, hablan por el mismo con sus amigas y amigos, están en *facebook* posteando, avalando con me gusta lo que reciben de su amplia comunidad de amigos, o chateando, o en *youtube* explorando videos comerciales o de sus pares, a la vez que en su computadora buscan y bajan por Internet información para hacer sus trabajos escolares, donde las posibilidades de acceso son infinitas. Y todo ello sin perder la atención para escuchar y participar en una conversación *off line* con los amigos o la familia.

La tensión entre los códigos de la academia, generalmente rígidos, fríos, estáticos y los códigos flexibles, veloces, desestructurados con los que se desenvuelven los medios de comunicación como la televisión, el cine, el video, Internet o los celulares, es una realidad en la que se encuentran miles de jóvenes y ante la cual no se han construido alternativas educativas suficientemente eficaces en muchos países e instituciones de educación superior. Pero ese es un tema, como otros, que seguramente está siendo abordado por las nuevas generaciones de estudiantes comandados por Eduardo Weiss.

Los invito pues a la lectura de este importante libro, el cual no sólo debemos leer y aprender de él quienes nos dedicamos a la investigación, sino también deberían de leerlo los docentes y las autoridades educativas.

**Reseña recibida:** 11 de enero de 2013

**Aceptada:** 20 de marzo de 2013